

**La recreación literaria de los olvidados del arrabal en
La sangre y la esperanza de Nicomedes Guzmán**

Adelso Yáñez
Otago University
Nueva Zelanda

El estudio del realismo social alude hoy día al agotamiento de sus presupuestos fundadores y a un número de matices complejos que detallaremos a continuación. Interesa destacar, en primer lugar, el valor ideológico y el profundo sentimiento antiburgués que adoptó el género con la aparición de este tipo de literatura, específicamente de novela, y la manera en la que los narradores abordaron sus temas de predilección. Si apelamos a un sentido generalizador, su contenido califica como la recreación literaria de los olvidados del arrabal y “La concepción de la ciudad segregacionista y violenta, abandonada por las políticas sociales estatales, genera una literatura de corte testimonial orientada a visibilizar la crisis del sujeto popular” (Espinosa 104). Este tipo de narrativa discurre, por ejemplo, sobre tipos humanos cuyas vidas son proclives a la miseria, al tiempo que articula sentimientos de incertidumbre relacionados con el tema de la lucha social. No pocas veces esta producción ha sido denostada por integrar debates filosóficos que abordan, con grandes aciertos en algunos casos y debilidades en otros, el asunto de las disparidades sociales en América Latina. En el caso particular de Chile, la aparición de la obra de Nicomedes Guzmán (1914-1964) va a marcar el cambio de representación del sujeto pobre, pasando de una estética naturalista a una que diseña el estado de subsistencia en el marco de la urbe.

Ahora bien, hacemos notar que este canon incluye también algunas trazas del género de novela histórica e incluso dialoga con las ciencias sociales. En tal sentido, la elaboración literaria forma no solo un género híbrido sino un soporte de relectura y cuestiona-

miento de discursos oficiales tal como esboza Grandón Fuenzalida en su clásico texto *Valor histórico de la novela social contemporánea* (2010).

En un gran número de textos del realismo social los narradores se posicionan desde voces militantes que victimizan al sujeto colectivo en su relación con el capitalismo. De hecho, el contenido corrosivo advierte a los lectores sobre la filiación discursiva que delata a la postura antiimperialista y a sus procónsules; esos beneficiarios directos que a conveniencia de sus intereses actúan, según esta narrativa, desde las capitales de la región latinoamericana. De esta suerte, la estrategia del enunciador persigue despertar sensibilidades al construir intencionalmente discursos que hacen encomio de la miseria (Vitale2001). En correspondencia con esta idea, los senderos de esta narrativa vehiculan ciertos constructos con la pretensión de ganar adeptos a través de la conmiseración.

En las siguientes líneas focalizaremos el texto *La sangre y la esperanza* (1943), una de las contribuciones más sui géneris del canon literario chileno, cuya temática y descripción permiten comprobar las afirmaciones acerca del género. De hecho, una investigación doctoral reciente afirma que “la crítica nacional, en su momento, tendió a comparar permanentemente el resto de las producciones del escritor con esta obra” (Vásquez 210). Por su parte, al referirse a la obra de Nicomedes Guzmán, Juan José Adriasola, matiza que esta “Distingue claramente dos dimensiones: la de ‘lo real’ y la de su representación. Si bien estas no son independientes, la relación vinculante que existe entre ellas es, en todo momento, una de subordinación de la segunda a la primera” (163).

No muy distante del realismo social se ubica el realismo socialista, su pariente cercano, el cual se perfila como “herramienta de concienciación” ligada, de manera exclusiva, a razones ideológicas (Amat 19). Esto refiere al camino de la palabra escrita y perfilada como hecho lingüístico premeditado que adopta, por consiguiente, una intencionalidad. Es decir, las vicisitudes que afrontan los ciudadanos en sus combates con fines reivindicadores son una fuente de inspiración prioritaria para la creación discursiva. Por ello, el primero de estos es una corriente estética que viene a difundir el conocimiento de problemas sociales y

vivencias de personajes a través de la literatura; el segundo argumenta según la conciencia y antagonismos que delatan conflictos de la sociedad aludida. A partir de estos matices distintivos, este ensayo estudia aquellos aspectos del género realista que mejor pueden vincularse al contexto del caso chileno según Walter Fuentes (1990). Interesa aquí, en especial, reflexionar desde el imaginario de la lucha ideológica centrada en la diatriba de la izquierda y obstinada en demoler el funcionamiento de la estructura política que ostenta la hegemonía de la derecha. Cabe decir que se trata de un texto que obtuvo una significativa recepción nacional al punto de constituir durante largos años una lectura obligatoria en las escuelas secundarias de Chile.

Por el contenido, la novela convoca un enfoque singular que busca identificar la organización interna del texto, las redes de sentido, las tendencias hegemónicas y la postura crítica del enunciador. Se trata de un producto cuyos lugares imaginarios se construyen sobre la base de un trabajo de metaforización. Asimismo, la temática obedece a un tipo de realismo que apela a una diversidad de lectores, no obstante, no todos se sensibilizan con el enfoque social. La conocida ficción dialoga con acontecimientos políticos y disputas gremiales de los años 20 focalizados en Santiago de Chile. En tal sentido, acoge todos los rasgos de lo que Mario Ferrero conceptualiza como una “Novela proletaria por excelencia, que desentraña el problema social del arrabal santiaguino, con el trasfondo de las huelgas y luchas obreras que determinaron la caída de la primera administración de Ibáñez”¹ (90).

Por otra parte, el título de la novela de Guzmán se considera como un ícono perteneciente a la generación de escritores chilenos del 38, así como lo son *Angurrientos* (1940) y *El tiempo banal* (1955), de sus destacados coterráneos Juan Godoy y Guillermo. La obra de Nicomedes Guzmán abarca crítica, relato y novela e incluye títulos tales como *Los hombres*

¹Carlos Ibáñez del Campo fue presidente de la república en los períodos 1927–1931 y 1952–1958. En ambos ciclos debió enfrentar las crisis políticas que terminaron con el gobierno de Alessandri, la depresión económica mundial, la inflación y un creciente enfado social.

oscuros (1939), *La luz viene del mar* (1951) y *Una moneda al río y otros cuentos* (1954). Al respecto la crítica ha señalado que, efectivamente, el escritor ha sido

Identificado plenamente con la generación literaria de 1938, Guzmán (1914–64), de origen proletario, escribió sobre dimensiones sociales de manera realista. Sus novelas y cuentos exhiben, la mayoría, puntos de vista que denuncian las injusticias sociales de la época y reivindican los derechos básicos de los grupos explotados por los poderes económicos. El conventillo y los suburbios de ciudades como Santiago de Chile o Valparaíso son descritos con crudeza (Rueda C. 127).

Estos textos, así como los de sus recordados conciudadanos comparten los temas de la denuncia y de las reivindicaciones con un singular énfasis en eventos históricos.² Es un tipo de escritura que surge en Chile (Henríquez 81) y en otros países de la región, a raíz de episodios mundiales marcados por el surgimiento de la militancia política inspirada en la Revolución rusa, la Guerra Civil española y el triunfo de Pedro Aguirre Cerda,³ quien lideró el Frente Popular y se ocupó de promover la industrialización y educación para los menos favorecidos (Lyon 19, 20). De estos procesos, la vinculación con el ejemplo paradigmático que dejó el derrocamiento del régimen zarista ruso es, en efecto, decisiva para el desarrollo del género. De hecho, el poderoso movimiento ruso no solo se basó en una política de Estado, sino que el modelo que exportó tuvo repercusiones de tipo socioeconómico en las luchas sociales de América Latina. Ahora bien, al hablar de realismo en sentido más amplio e incluso de “novela romántico-realista”, aclaramos que sus “principios liberales emanados

² A lo largo del siglo XX, escritores de la talla de Baldomero Lillo, Pedro Prado, Alberto Romero y Víctor Domingo Silva, entre otros, dedicaron una buena cantidad de su literatura, especialmente de novelas, al abordaje de la realidad de la época, sobre todo al de la vida de la clase baja, aquella que vivió en los conventillos y padeció las consecuencias de las desigualdades. Estas novelas son una buena fuente para conocer esta realidad e informarse sobre el contexto histórico.

³ Presidente de Chile en el período 1938–1944, quien se destacó por el impulso que dio a la educación, el reclamo del territorio chileno antártico, la fundación de la Corporación de Fomento de la Producción y la creación de la Secretaria General de Defensa de la Raza y Aprovechamiento de las Horas Libres.

de la burguesía europea” (Salerno 152) se oponen a los del realismo social que plantea la mayoría de las novelas producidas sobre imaginarios latinoamericanos. A pesar de ser textos que caricaturizan a sus personajes hay en ellos un compromiso de tipo sociopolítico.

El argumento que esgrime el narrador de *La sangre y la esperanza* adopta una *dispositio* que rompe con el orden cronológico usual. Tiene como primer actor al clásico levantamiento obrero ocurrido a principios del siglo XX en el cual actúan personajes que se debaten contra el opresor político para decidir su propio destino. La disputa social argumenta sobre demandas salariales frente a una supuesta desidia patronal. La tarea de primer orden de esta querrela tendría que ser el reconocimiento del gremio de obreros tranviarios por su labor jornalera. Aunque haya constituido una de las gestas más recordadas por la historia chilena del siglo XX, su representación narrativa no obtuvo un reconocimiento justo de la crítica literaria. No obstante, su diégesis abarca una época con rasgos peculiares y estilos expresivos de personajes que recuerdan sus miserias y, en tal sentido, dialoga con la manera de ser del chileno común; aquel que construye su imaginario con apego a las tradiciones y afición a una cultura vitícola y gastronómica... En la riqueza cultural descrita hay también un residuo del odio, la incomunicación y el resentimiento que subyacen en el retrato humano elaborado por el narrador de Guzmán.

El inicio de la narración da muestras de un texto descriptivo y secuenciado. Se centra en la historia del personaje Enrique Quilodrán; un niño perspicaz, de ocho años, que vive en un barrio pobre de Santiago de Chile, cuya voz habla de sí mismo y se sitúa en tercera persona, al tiempo que hace intervenir a otras instancias narrativas. Por el tono de la enunciación, el lector agudo identifica la construcción monológica del enunciador. La remembranza abarca la descripción de un barrio desamparado en el cual subsistió, paradójicamente, como un dichoso mundo pueril. El personaje-protagonista narra desde su adultez y rememora diversas tragedias, entre otras, la muerte de su gran amigo Zorobabel, abrazando recuerdos de su familia y dibujando anécdotas de su infancia. El recuerdo es una elaboración novelada de la otrora vida tejida por afectos y fantasías. De ella ofrece incluso deta-

lles descriptivos de su humilde domicilio como espacio contextual del relato. Lo muestra como un conventillo que la voz describe como precario y diminuto, un lugar poco iluminado, asfixiante, más bien dibujado como universo de sombras que recuerda la vida de los pobres, de los mercados populares y del quehacer de la ciudad, tal como ocurre en los relatos clásicos del narrador anarquista José Santos González Vera. En correspondencia con estos datos, el lector identifica claramente en *La sangre y la esperanza* las coordenadas de tiempo y de estructura social que identificamos como incipit del relato. Al mismo tiempo el conventillo como constructo literario dialoga con la perspectiva de las ciencias sociales que estudian, de facto, el tema de la pobreza. Al respecto Lucía Guerra Cunningham documenta lo siguiente:

Los datos acerca de las condiciones físicas de las viviendas populares se ofrecen en otro baluarte del proyecto liberal: la prensa, que, junto con contribuir a la consolidación de la nación, paradójicamente ponía de manifiesto la tajante escisión entre la élite y los sectores populares. A través de ella sabemos que estas viviendas estaban constantemente sujetas a las inundaciones e incendios, que, no obstante, los progresos de la “ciudad culta”, carecían de alumbrado y agua potable y que poseían piso de tierra y una pésima ventilación para sus habitantes que se hacinaban, a veces, en cuartos de no más de cuatro metros de extensión. (2000, 122)

El discurso en *La sangre y la esperanza* acentúa las circunstancias precarias de los sujetos, no obstante, la voz intercala escenas de bonhomía, lazos familiares y comunitarios inquebrantables que aminoran la tensión discursiva del relato. En efecto, las acciones de ciertos personajes potencian la empatía de los lectores. Dicho de otra manera, el discurso encumbra la humanidad de los pobres al tiempo que muestra cómo estos se solazan para solventar la miseria endémica. Vemos, como ejemplo solidario, a un médico; personaje que está a menudo preocupado por las penurias de todos los habitantes del conventillo que

cuentan a la vez con un religioso que les provee apoyo espiritual. Del mismo modo, algunos sujetos que requieren apoyo material reciben ayudas monetarias de los dirigentes del Consejo, en el cual participa el padre de Enrique, Guillermo Quilodrán, quien además de ser obrero maquinista de tranvías, es un miembro importante de la Federación.⁴ El discurso se basa en una estrategia laudatoria que habla del arrabal como el lugar de las carencias donde, paradójicamente, brotan las virtudes. Durante lo que parece una larga vida, el niño Enrique debe lidiar con los gritos que escucha de las habitaciones cercanas al sitio en el cual pernocta. Surge así una relación directa entre la dimensión espacial y la miseria. Si bien la pobreza material de sí mismo, de su grupo familiar y de su clase se revelan duras, los momentos de bienestar anímico, que consisten en juegos con sus amigos cercanos, devienen en oasis que alivia sus penas.

Por oposición al tópico de la desventura, en la novela se muestran escenas que hablan de alegrías o emociones positivas: algún acercamiento a una muchacha que cautiva, curiosidades suscitadas junto a ciertos chiquillos del barrio con respecto al vagabundo Pan Candeal (personaje que encarna la miseria) o el caminar por la ciudad y el hecho de observar cómo cambia la vegetación del lugar debido al paso de las estaciones. Por otra parte, a través de un entramado narrativo, el discurso señala la trascendencia de una ofensiva gremial. En tal sentido, la diégesis da cuenta, de manera radical, de la memoria de un periodo histórico con el cual el narrador se siente comprometido. Se trata del genotexto; ese punto de intersección del discurso que materializa las condiciones históricas que conoce el autor. El fin último es apoyar un conjunto de acciones unánimes de resistencia gremial que abarcan la *inventio* del relato. Es, pues, un período de agrupaciones sensibles a la contingencia social y económica de la época.

Efectivamente, tiene lugar la explosión de las primeras expresiones populares que van a la par de un crecimiento incesante de la actividad huelguística, la cual se convierte en

⁴ Organización chilena de carácter nacional que incorporó en sus filas a los obreros del salitre. Su máximo líder fue Luis Emilio Recabarren, en 1917 (Thayer 53).

materia inspiradora para Guzmán. La diégesis denota así el compromiso ideológico y de libertad creativa que reclamaban un término a la marginalidad. Y es justamente cuando en aquella época nacen en Chile algunas organizaciones socialistas y anarquistas que ideologizan las masas y se debaten por alcanzar un mejor estatus de trabajo para el común de los ciudadanos. Así, algunas de las consignas de estos grupos eran del tipo: “¡Viva el Día de los Trabajadores! ¡Viva la Federación Obrera de Chile! ¡Que viva el camarada Recabarren!” (Guzmán 88). Con este “camarada” antes citado se hace alusión al líder del proletariado chileno, y del partido comunista, quien realizó una gran labor propagandística en defensa de los más necesitados y del problema de la exclusión, sobre el cual discurre, detalladamente, Cristián Montés en su trabajo de 2008, titulado *El cronotopo de la exclusión en tres novelas de la generación del 38*.

Dentro de este nuevo espacio se crea un producto literario —la novela del realismo social— que aparece entonces como un impulso autónomo que encarna la expresión de la militancia en correspondencia con un sentido de nación, cultura, territorio y, sobre todo, política. En este sentido, Iván Carrasco afirma que “El realismo social emparentado con la visión política presente en la generación superrealista (Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy) intentó lograr una interacción adoctrinadora con los lectores, con el fin de despertar su simpatía por los pobres y oprimidos” (154).

El género escenifica la ruptura constitutiva entre estratos sociales, lo cual advierte la preocupación del narrador por el mundo recreado. Se dibuja así una trama rica en varios planos, pero no exclusivamente desde un punto de vista económico. En lo esencial, la vida descrita realza, sobre todo, sentimientos y valores humanos con enfático carácter retórico-discursivo, aunque los actores viven a la deriva en una vulnerabilidad que no concluye. En consecuencia, la estética despierta consciencias puesto que el imaginario está plagado de divergencias materiales que convierten a la pobreza en una identidad homogénea. De esta suerte, el compromiso ideológico de quien narra y la representación de las aspiraciones de todo un pueblo sustentan esta producción que efectúa un reclamo constante.

En definitiva, *La sangre y la esperanza* destaca en particular por ser un texto de tono nacionalista que funciona como ícono de una generación. Su discurso trasluce una forma de transposición del lenguaje verbal que elabora la idea de pertenencia a un espacio y a una cultura, es decir, la voz no se aparta de su disciplina literaria que le sirve para difundir, entre otros asuntos significativos, variados topónimos que remiten a Chile. El lector percibe lo físico mediante imágenes que perfilan tanto una cultura como un anecdotario propio de la vida de un típico barrio popular latinoamericano. No obstante, lo propio es aquí un conjunto de rasgos autobiográficos que recuerdan las distinciones narratológicas que exige el análisis de la ficción: “Quien existe en la vida no es precisamente quien habla en el relato, de manera que el discurso autobiográfico es, primeramente, un procedimiento narrativo, salvo que reclame para sí la voluntad de ser enunciación de una vida” (Barraza 35).

Vale aclarar que el eje discursivo expone con sagacidad al país imaginario en el que confronta, de manera pertinaz, la ecuación poder y la lucha con fines libertarios. El poder desmedido, expresado por una avaricia en el plano político y la castración del otro sector son, pues, dos ejes rectores del relato. De hecho, en las circunstancias expuestas sobresale la idea de nación dividida dado el sistema social pernicioso de clases sin concilio. De esta suerte, la producción textual plantea, a través de formulaciones críticas, una estética de la desunión. La voz que dramatiza hace énfasis en la discordia y atropellos contra sectores subalternos y, por otra parte, rescata la responsabilidad ética del escritor de reivindicar como corolario esencial de la escritura. Es decir, pone en tela de juicio la precariedad en que viven algunos sectores, lo cual delata rápidamente la utopía social, basada en un marcado sesgo más igualitario sobre el cual ha debatido detalladamente, en particular, Pierre-Luc Abramson (1999), al referirse al caso latinoamericano. Este es evidentemente un discurso altruista, sin dinamismo dialéctico que exige, lo antes posible, un receptor crítico que cuestione la propuesta estética, por su notable carácter maniqueo. Cabe destacar que las tramas narrativas progresan en los escenarios de conflictividad urbana más deprimidos:

La calle y el conventillo son espacios donde con un lenguaje, a momentos poético y pedestre en otros, acontecen las aventuras y desventuras de los personajes de Nicomedes Guzmán. Desde la perspectiva del espacio urbano, la incomodidad del conventillo con su estrechez y miseria dan oportunidad a la violencia, al abuso del que son víctimas los personajes que transitan por las páginas de esta narrativa. A la enfermedad que es causa de muerte en personajes jóvenes, se suma el crimen que causa dolor a sus protagonistas, como si se tratara de la muerte de un ser cercano aun cuando en varios casos *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán se trata de vecinos; de algún compañero de escuela, o de gente apenas conocida (Díaz-Cid 179).

Más allá del concepto de nación como las llamadas por Anderson “comunidades imaginadas”, la ciudad ficticia, cuyos rasgos remiten a Santiago de Chile, se muestra como un espacio escindido dentro del cual la voz apunta a la marcada diferencia en cuanto al crecimiento social desigual. Esto significa que no hay integración de sectores como un todo hegemónico sino un discurso que distingue y dicotomiza tópicos a lo largo del relato. De hecho, los variados ideosemas repartidos en la diégesis alternan sentidos contrapuestos en el arraigado sentimiento de dignidad de los ciudadanos. Por tanto, en su base profunda no podemos limitar la diégesis, arbitrariamente, a una mínima expresión socioeconómica y sociocultural de la familia chilena obrera, al igual que ocurre en la obra de otros autores como Volodia Teitelboim, Reinaldo Lomboy, Andrés Sabella, Carlos Droguet y Fernando Alegría (Montes 165). *La sangre y la esperanza* logra generar una alteridad desde la que se gesta la compasión y la solidaridad con un sector sometido a una ominosa lista de desmedros. La ponderación sobre la proyección del texto se hace imperativa al tiempo en que destacamos, sobre todo, el elemento retador que dinamiza la narración.

La voz se remonta a principios del siglo XX, y ambienta el conflicto emblemático de la huelga de los tranviarios que tuvo lugar en varios momentos de las décadas de los 20 y de los 30, en el marco de los gobiernos de Arturo Alessandri Palma⁵ y, más particularmente, en el espacio y vida en barrios capitalinos; esos lugares oscuros, contrapuestos a otras zonas urbanas a las que ya hemos hecho referencia. El asunto central de la protesta radica en el hecho de que la burguesía se enriquecía con las ganancias del salitre mientras que el proletariado debía trabajar en condiciones precarias por una muy baja remuneración. De este modo, el narrador atiende al lazo de la literatura con la realidad de un sector que busca canalizar su desagrado. Cabe aquí recordar que no solo el salitre fue tema de la contienda, también lo fue el carbón, industria en donde, dada la precarización de las condiciones laborales, se provocó el “despertar de una conciencia colectiva” (Bahamonde 93). Aunque ficticio, el texto dibuja un panorama social con una atmósfera que envuelve a los habitantes de las riberas del río Mapocho; un sector intramuros, cuyo espacio es catalogado en la ficción como “universo sórdido del barrio” (Guzmán 12). En tal sentido, la diégesis enfatiza el recurso del contexto urbano depauperado como topo literario y se detiene, al mismo tiempo, en la descripción de sus estampas: “El barrio pobre era como una flor caída en pétalos de bruma. Cuchillos de cobre atravesaban el aire, hiriendo los tejados. Las paredes desconchadas y los vidrios de las ventanas sangraban al contacto de sus certeros filos” (Guzmán 105).

La colectividad escenificada en su rol esquemático se encuentra muy enraizada y está consciente de su identidad. De hecho, el pueblo es garante de sus costumbres a pesar de las tensiones que eso acarrea: pagar un precio por defender lo propio, lo cual explica la consideración explícita que se hace de sus hábitos locales y de su entorno histórico. Por tanto, en los perfiles, descritos a través de un discurso que concierne a la ética, se alaban virtudes, ascetismos y potencialidades humanas en medio de la supervivencia material. En

⁵Arturo Alessandri Palma es considerado en Chile el político más importante de la primera mitad del siglo XX. Tuvo un papel protagónico como presidente de la república entre 1920–1925 y 1932–1938.

cierto modo, la voz se detiene en episodios dignos, en la descripción psicológica de personajes, así como en la suya propia. Incluso, el sustrato de lo “bajo corporal” (Bajtín, 1987) queda expuesto en la cotidianidad de manera sórdida.

Los actores de este imaginario son los mismos sujetos escarnecidos que habitan un país marcado por un catolicismo hermético y represor del cual se burlan; un catolicismo opuesto a una ausencia de ecumenismo. La voz alude a aquellos que aparecen tan bien descritos; esos que exteriorizan una gran humanidad, y dan muestra de conformar un pueblo desenfadado tal como se dibujan en *Los hombres oscuros* y en *Estampas populares de Chile*; dos notables contribuciones literarias de Guzmán dentro de las que se incluyen perfiles de una narrativa que otorga trascendencia a esos seres ignorados e invisibles para un sector acaudalado y a quienes el narrador de *La sangre y la esperanza* dota de nobleza y, en general, de cualidades excelsas para lograr el cometido laudatorio del género aunque, a la par, en ese mundo narrado no dejan de sobresalir cosas tanto insólitas como degradantes. El lector, por su parte, identifica un tono dramático, cuya particularidad es el predominio de la función apelativa del lenguaje y por ello este tipo de texto convida a la empatía y la solidaridad de sus lectores.

Varios elementos dialogan en la diégesis acerca de la vida sentimental del personaje central, Enrique, quien se percibe, por algunos signos de su discurso, como un sujeto masculino que manifiesta constante y fehacientemente su carácter; su voz exterioriza sus desacuerdos desde muy joven al tiempo que alude al amor y deseo carnal que siente por Angélica. Una vez que la voz echa manos de episodios amorosos, el lector entra en contacto con el recurso de las típicas figuras retóricas que afianzan la construcción estereotipada del género romántico, dentro del marco del uso de un tono enfático lleno de exclamaciones y metáforas. Con esto, quien narra insiste en matizar la expresión pasional con el fin de dar a conocer resentimientos, esperanzas y anhelos. Es por ello que las voces interventoras en el relato aparecen muy bien delineadas y provistas de una gran sensibilidad. Sin embargo, en el telón de fondo, el lector puede identificar el control social, cuyos miembros más conser-

vadores ejercen de forma severa a través de medios no explícitamente coercitivos. Es por esta razón que la voz refiere a prejuicios morales, al cotilleo acusador, al “castigo” y a morales represoras que rigen la mentalidad de personajes en una sociedad pacata (Foucault1975). Al mismo tiempo, este se perfila como un relato abarcador de temas y rasgos oníricos pues se centra en los sueños y la vida del protagonista sin obviar observaciones sobre escenas de sexo y violaciones.

Desde su publicación, el texto despertó gran interés, no solamente por sus vínculos temáticos con la historia política y social, sus rasgos estilísticos y su universo literario sino también por su *elocutio*: en lenguaje tan directo, conciso y muy similar al utilizado en las zonas obreras de su imaginario santiaguino. De hecho, es el lenguaje que el mismo autor conoció y utilizó desde muy pequeño. La reminiscencia de esta voz narrativa en su afán de relatar la cotidianidad recurre a metáforas descriptivas, cargadas de afecto por el entorno familiar al tiempo en que adopta la postura de un observador de la medianía dentro de la cual incluso lo escatológico proyecta su propia belleza mientras que se revela un asunto central del argumento: “¡Todo el mundo tira, no debía haber más que camas! ¡Allá en la casa, los hombres y las mujeres no hacen más que eso! Bailan, toman y se acuestan... ¡Puchas!” (Guzmán 107).

Recurrir a sintagmas referentes a la vida en meretricios santiaguinos y a lo inmoral traen a colación la supuesta impureza del ser humano según la visión católica. No se puede soslayar el análisis de estos aspectos que resultan medulares para comprender, de manera concisa, puesto que aparecen en el texto alusiones directas a asuntos inabordables por estéticas más conservadoras. Sin embargo, enfatizamos la presunción de que estos sirven para demarcar en la diégesis atributos distintivos de un sector social. Sobre este aspecto existen noticias que permiten orientar el debate tal como afirma Reinhold Kramer al decir que “scatology marks a dialectic between broadly imagine upper and lower classes” (42). En este sentido, la retórica aparece un tanto recargada por una detallada adjetivación estética:

—¡Carajo, la gente cochina! ¡Como si no hubiera excusado! ¡Se mean y se hacen de todo aquí, por la chita!... —alegaba arrastrando con la escoba, de peldaño, unos restos de vómito y unos excrementos medio secos—. ¡Estos carajos son los cochinos! —rugió cuando llegó abajo, posando los ojos sobre el hacinamiento de chiquillos dormidos junto a la escalera—. ¡Levántense, porquerías! ¡Levántense, cochinos!” (Guzmán 119).

“Covacha fétida a humedad y a orines de gato aquella, no era difícil en el día distinguir a los bien nutridos piojos, que, inconformes del cuerpo natal, habían emigrado, abandonándose sobre las tablas carcomidas, en donde se les veía moverse lentamente, arrastrando el peso de su gordura, como pequeños y cansados bueyes, inútilmente empeñados en encontrar el cálido refugio de un pliegue” (Guzmán138).

La visión del narrador acusa una manera diferente de concebir la marginalidad, las escenas descritas acogen un matiz de esperanza y liberación y muestran cómo la vertiente social ve en la obra literaria una vía de cambios y transformaciones. Esto refleja la perspectiva social y materialista en su mirada histórica, la cual sostiene que la literatura debía estar al servicio de las luchas populares como se ha afirmado desde hace ya varias décadas. En tal sentido, la tradición literaria latinoamericana de principios del siglo XX demostró que la ficción es el medio preferido para recrear realidades sociales e invitar, a la vez, a explorar posibles significados. El lector toma conciencia, no obstante, de que los hechos sobrepasan las posibilidades expresivas del lenguaje.

La inscripción de lo social en el sentido del conglomerado es solo una transposición del barrio como el protagonista que defiende su participación y visibilidad. Se trata de un procedimiento exploratorio que permite generar preguntas que corresponden a una investigación de tipo interpretativo; por ejemplo, ¿por qué persiste la imagen del colectivo

en el imaginario realista? Una respuesta a esto es el conjunto de personajes incógnitos que sobreviven el día a día, es decir, son los actores que ilustran parcialmente al sector que vive de la buhonería, lo cual atiende a un fenómeno desencadenado por crisis económicas y que se ha expandido por toda América Latina. En consecuencia, el texto dialoga con la modalidad de la economía informal, en cuya esencia se identifica también una huella histórica relativa al origen racial y a un pasado de inequidades. El lector se enfrenta, pues, a un narrador testigo que a la vez interpela al lector. De este modo, la voz trae al presente datos alusivos al espacio en el que convivió de niño con sus coterráneos. Se ejerce en ese período de la vida lo que la voz designa como un verdadero estadio de libertad, en el cual se afincan los recuerdos más imperecederos. No menos significativo se muestran los primeros signos del desconcierto en una infancia precaria. Así, somos testigos de cuando el narrador dialoga con la historia de Enrique, el personaje que pretende asimilar la dureza de su entorno al tiempo que algunos adultos asumen responsabilidades inherentes a la protección de los menores.

En ese contexto, plagado de dicotomías, sobresalen las virtudes que el narrador enfatiza en un padre obrero y en una madre que trabaja como doméstica. Las escenas resaltan el apego a la tierra, el quehacer cotidiano de esa medianía humana, así como grandes y pequeñas batallas por colmar las necesidades materiales. El ensamble de temas enunciados desde una voz monológica que narrativiza una parte de la historia social se opone a la propuesta dialógica del célebre pensador ruso Mijaíl Bajtín (1986). Lo monológico sirve para desentrañar los mecanismos con los que el narrador formuló su discurso preponderante; esto es, su perspectiva basada en la asfixiante hegemonía del poder sobre los no hegemónicos. De hecho, en el modo binario que tiende a categorizar los perfiles, sobresale el prejuicio que orienta, lúcidamente, la lectura inicial del texto. Esto ocurre a través de una yuxtaposición: los actores marginales introducen el habla popular, mientras los pertenecientes al estrato social alto se expresan con un registro educado.

El objeto literario se muestra así conocido y puesto a prueba para analizar, desde la perspectiva del discurso, cómo el tono de la voz central aludió a las desigualdades de poder y a la ausencia de oportunidades para el ciudadano común. Por su parte, quien leyó el texto se embelesó con el contenido dramático de algunas escenas, aunque estas fueron narradas por una voz monológica que cuenta un solo lado de la historia. En tal sentido, el eje que organiza la totalidad del mundo narrado lo hace desde un locus pesimista, empeñado en describir sujetos que sufren, lo cual es propio del realismo *miserabilista*. Efectivamente, esto es un rasgo típico de la narrativa del realismo social, la cual soslaya divergencias entre las voces que participan. En *La sangre y la esperanza*, el término colectivo adoptó una trascendencia que no había tenido en otros tiempos porque refirió, de manera particular, al hecho gremial de la huelga de tranviarios: “Los relatos del salitre se asimilan a la vertiente histórica, a la épica social, a la exaltación de la realidad colectiva en oposición a lo meramente imaginativo, retórico, individual (Bravo-Elizondo 189).

La forma de protesta en que sus actores se contuvieron de laborar en perjuicio de aquellos ante quienes planteaban sus demandas mantuvo en tensión a lectores acuciosos. Aquellas escenas detallan los momentos en los que personajes, lanceros y militares intentaron acallar, hasta cierto momento, la voz de la Federación Obrera de Chile, pero el reclamo, por el contrario, sobresalió entronizando las demandas sociales. De ahí que las voces se hayan caracterizado por un nuevo matiz: el colectivo en el imaginario realista concede celeridad y esto a pesar de los numerosos caídos en las protestas cruelmente criminalizadas. Aunque la voz central haya asumido una forma de persuasión para intentar con su concepción ideológica contrarrestar el poder del ente hegemónico, la falta de leyes laborales delató en la ficción una irremediable iniquidad e hizo, en consecuencia, que la historia de Guzmán se convirtiera en un ejemplo literario por antonomasia de la crítica sobre la exclusión social. Finalmente, es imperativo agregar que el eje narrativo de este texto matizó la existencia de una humanidad oprimida, a pesar de haber evocado desde el inicio del relato un espíritu

combativo marcado por el ímpetu de su clamor. La esperanza es del alma, de ese espíritu que no se doblega ante la sangre derramada.

© Adelso Yáñez

Bibliografía

- Abramson, Pierre-Luc. *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999. Impreso.
- Adriasola, Juan José. “El realismo como lugar de enunciación: a propósito de la obra de Nicomedes Guzmán”. *Anales de Literatura Chilena*, N° 22 (2014): 161-174. Web. 18 Nov. 2022.
- Amat, Jordi. “Grietas del realismo social: el coloquio sobre realidad y realismo en la literatura contemporánea”, *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, N° 75 (2009): 19–20. Web. 1 Dic. 2022.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Impreso.
- Bahamonde Cantín, Juan. “Invención de la memoria y ficción en la narrativa local del carbón, producida a mediados del siglo XX: mundo laboral y social”. *Revista Chilena de Literatura*, N° 96 (2017): 89–113. Web. 11 Ene. 2023.
- Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial, 1987. Impreso.
- . *Problemas de la poética de Dostoienski*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986. Impreso.
- Barraza, Eduardo. “El discurso paratextual en la narrativa neorrealista de Chile”. *Estudios Filológicos*, N° 28 (1993): 33–34. Web. 21 Dic. 2022.
- Bravo-Elizondo, Pedro. “Apuntes de la producción literaria sobre la era del salitre”. *Latin American Research Review*, Vol.22, N° 2 (1987): 177. Web. 9 Ene. 2023.
- Carrasco, M. Iván. “Procesos de canonización de la literatura chilena”. *Revista de Literatura Chilena*, N° 73 (2008): 139-161. Web. 14 Nov. 2022.
- Díaz-Cid, César. “La realidad y el sortilegio en la narrativa de Nicomedes Guzmán”. *Anales de Literatura Chilena*, N° 22 (2014): 175–186.
- Espinosa H., Patricia. “Fuerzas especiales, de Diamela Eltit: una cartografía de la derrota popular”. *Hispanérica*. Año 44, N° 131 (2015): 103–108. Impresa.

- Ferrero, Mario. *Nicomedes Guzmán y la Generación del 38*. Santiago de Chile: Arancibia Hnos. y Cía. Ltda, 1982. Impreso.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir*. Paris : Gallimard, 1975. Impreso.
- Fuentes, Walter. *La novela social en Chile (1900–1925): Ideología y disyuntiva histórica*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1990. Impreso.
- Fuenzalida Grandón, Alejandro. *Valor histórico de la novela social contemporánea (1889)*. Kessinger Pub Co, 2010. Impreso.
- González Vera, José Santos. *Vidas mínimas*. Santiago: LOM Ediciones, 1996. Impreso.
- Guerra Cunningham, Lucía. “El conventillo: signo del deshecho y signo híbrido en *Los hombres oscuros*, de Nicomedes Guzmán”. *Anales de Literatura Chilena*. Año 1, N° 1 (2000): 117–134. Web. 12 Oct. 2022.
- Guzmán, Nicomedes. *Estampas populares de Chile: Crónicas*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2007. Impreso.
- . *La sangre y la esperanza*. Santiago de Chile: Olimpo, 1943. Impreso.
- Henríquez Vásquez, Rodrigo. *En estado sólido: políticas y politización en la construcción estatal Chile 1920-1950*. Ediciones UC, 2014. Web.
- Kramer, Reinhold. *Scatology and Civility in the English-Canadian Novel*. Toronto, Buffalo, Londres: University of Toronto, 1997. Impreso.
- Lyon, Ted. “Presentación de la generación chilena del 38: una perspectiva de cincuenta años” Taller Literario con Gonzalo Rojas 4-5 de noviembre de 1988 Berlín. *Ibero-amerikanisches Archiv*, Neue Folge 15, N° 1 (1989): 19.
- Montes, Cristian. “El cronotopo de la exclusión en tres novelas de la generación del 38”. *Revista Chilena de Literatura*. N° 73 (2008): 163–188. Web. 29 Nov. 2022.
- Rueda C., Jorge. “Sensibilidad amoroso-popular en tres cuentos chilenos del siglo XX”. *Chasqui*, Vol. 40, N° 1 (2011): 125, 140. Web. 15 Nov. 2022.
- Salerno Fernández, Nicolás. “Quiebres y continuidades de la sociabilidad chilena: el realismo en Oír su voz de Arturo Fontaine Talavera”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 61 (2005): 151–163. Web. 17 Oct. 2022.

Thayer Arteaga, William. “Alessandri Palma. El proyecto laboral y la revolución militar (1921–1925)”. *San Alberto Hurtado y la libertad sindical en el Chile republicano. Homenaje a San Alberto Hurtado en el aniversario de su canonización 2005–2010*. Santiago: Ediciones UC, 2015, 53–58. Web.

Vásquez de Mederos, Lucía Malvina. El realismo social y la Generación del 38 en Chile: La narrativa de Nicomedes Guzmán. Tesis doctoral. Departamento de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Literatura. Facultad de comunicación, Universidad de Sevilla 2017.

Vitale, Luis. *Sociología de la novela y vida cotidiana en el Chile de 1900 a 1950*. Santiago de Chile: Puerto de Palabras, 2001. Impreso.